

EVOLUCION DE LA NOVELA EN LENGUA ESPAÑOLA

Juan Jacobo de Lara



A “novela” es un género literario moderno, que no llegó a su plenitud hasta el siglo XVI. Vamos a enumerar rápidamente sus antecedentes durante la edad media y sus titubeos durante el Renacimiento, para entrar de lleno al desarrollo de la “novela moderna” en lengua española. La novelística, como el drama, no alcanza su mayoría de edad en España hasta el Siglo de Oro.

Alfonso El Sabio dio un grandísimo empuje a las letras, y específicamente a la prosa castellana, en el siglo XIII. Su sobrino, el Infante don Juan Manuel, escribió mucha prosa de estilo cultivado y original. Su obra maestra es el *Libro de los ejemplos del Conde Lucanor et de Patronio*, título generalmente abreviado a *Conde Lucanor*, que según don Marcelino Menéndez y Pelayo tiene tanta importancia en la tradición literaria y en la novelística universal que “figura acaso como el primer libro original de cuentos en prosa...” (1) Mucha literatura posterior se ha inspirado en los temas del *Conde Lucanor*, o simplemente se los ha apropiado para vestirlos con ropajes nuevos que no logran esconder su procedencia. (2)

La obra literaria más simpática del siglo XIV es el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita, que aunque escrito en "cuaderna vía" contiene muchos elementos novelísticos que siglo y medio más tarde aparecerán en *La Celestina* y mucho más tarde aún aparecerán en el género costumbrista del siglo pasado. "Escribió el Arcipreste en su libro multiforme la epopeya cómica de una edad entera, la *Comedia Humana* del siglo XIV... el abigarrado y pintoresco espectáculo de la Edad Media en el momento en que comenzaba a disolverse y desmenuzarse." (3)

Aquí debemos mencionar al primer libro español de caballerías, la *Historia del Caballero de Dios que había por nombre Cifar*, circa 1300, que "en conjunto es una obra de carácter misceláneo, confusa, sin gran unidad, pero llena de episodios y elementos interesantes: mezcla de lo maravilloso y lo real, de lo religioso y lo profano, de lo oriental y lo occidental." 94)

La novela de caballerías alcanzó grandísima popularidad en esos últimos siglos de la Edad Media y llegó en España a su culminación con el famoso *Amadís de Gaula*. (5) "Cuando ya los ideales caballerescos de la Edad Media se apagaban en los umbrales del mundo moderno, España los resucita con un espíritu nuevo, por medio de la pluma elegante y un tanto artificiosa de este (Montalvo) regidor de una ciudad castellana." (6) Durante los siglos catorce y quince se traducían muchos libros de caballerías del francés y del italiano. Con los nuevos géneros literarios que aparecieron durante el siglo XVI los libros de caballerías perdieron terreno, y a fines de ese siglo les dio Cervantes el "tiro de gracia" que acabó de desacreditarlos.

La Obra más importante de la primera mitad del siglo XV que podemos citar como antecedente novelístico es *El Corbacho* o *Reprobación del amor mundano* (1438) de Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera.

Salvo algunos textos históricos, cuya excelencia es de otra índole, no hay prosa del siglo XV que ni remotamente pueda compararse con la sabrosa y castiza prosa del *Corbacho*. Castiza he dicho con toda intención, porque en sus buenos trozos no

hay vestigio alguno de imitación literaria, sino impresión directa de la realidad castellana. Es el primer libro español en prosa picaresca: la *Celestina* y el *Lazarillo de Tormes* están en germen en él. (7)

A mediados del siglo XV aparece la llamada novela sentimental o amorosa. “La obra principal del género en la literatura castellana es la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, escrita hacia 1465 y publicada en 1492... La *Cárcel de amor* y sus varias imitaciones son de forma algo torpe y no logran cristalizar en un estilo enteramente moderno.” (8) Pero el género sentimental o amoroso tomó nuevos rumbos y alcanzó grandes glorias en la novelística del siglo XVI.

Ahora corresponde mencionar “la primera obra realmente clásica de la literatura española” *La Celestina* o *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, por Fernando de Rojas, editada en Burgos en 1499. “Clásica porque en ella, mucho más definitivamente que en otros precedentes señalados, se contienen los gérmenes de la novela y el drama del Siglo de Oro: la picaresca, Cervantes, el teatro de Lope y sus continuadores.” (9) El calificativo mismo de “tragicomedia” fue algo nuevo y revolucionario en que unía los dos géneros del teatro clásico que se habían siempre mantenido separados. En cuanto a su clasificación genérica han surgido infinidad de argumentos y controversias: que si es un poema novelado, que si es drama novelado, que si es teatro o novela o poesía, que si es esto o aquello... pero *La Celestina* es todo, y como *El Quijote* un siglo más tarde, marcó un paso de avance trascendental en la literatura española en general y en la novelística en particular, e influyó todo lo que se escribió después. “La influencia de esta obra fue general y su huella quedó estampada en multitud de producciones, ya con influencia de conjunto, ya con reminiscencias de frases. Tan universal es el tema...” (10)

La Celestina pone un punto final a la literatura de la Edad Media e inicia la literatura española moderna. En ella se recogen los elementos más avanzados del medievalismo y se mezclan con valores renacentistas; se plantean los conflictos que han influido tanto en el drama y la novelística desde entonces.

Todos los géneros literarios florecieron en el siglo XVI, y las letras españolas alcanzaron un apogeo (paralelo con el apogeo cultural y político de la España imperial) que duró mucho más de un siglo y se ha denominado el Siglo de Oro de la literatura española. Durante este Siglo de Oro surgió la novela española moderna. A lo largo del siglo XVI cogió forma dentro de dos corrientes principales, dos fuerzas genéricas: la novela sentimental y la novela realista —proceso embrionario de lo que es la novela contemporánea.

Todos los valores humanos y de la época se reflejan en la literatura de esa era brillante de las letras españolas que produjo lo que hoy llamamos la “literatura clásica española” y a manera de síntesis de los varios componentes de este fenómeno quiero citar la clasificación que hace Manuel de Montoliu en su obra *El alma de España y sus reflejos en la literatura del siglo de oro*, Barcelona, Ed. Cervantes. Como el título ya lo indica, el tema de Montoliu es el alma de España; ahora bien, el alma de España sigue muchas rutas (literarias) que él estudia separadamente: el alma imperial, el alma caballerescas, el alma picaresca, el alma estoica, el alma mística... y cada una de estas rutas nos lleva a un género literario diferente, algunos directamente influyentes en la novela (de que nos venimos ocupando) y otros que la influyen indirectamente, pero todos relacionándose entre sí. Pero volviendo a la clasificación básica de la novela: la sentimental y la realista, debemos detenernos en sus manifestaciones máximas de la época — la novela pastoril y la novela picaresca.

La novela picaresca que originó el género, *Lazarillo de Tormes*, anónimo, 1554, fue un fenómeno aislado, pues no aparecieron otras novelas picarescas hasta las postrimerías del siglo. En cambio, la novela pastoril se inició en 1559 con la *Diana* de Jorge de Montemayor y gozó en seguida de gran popularidad en los círculos cultos. La *Diana* nace de la poesía bucólica. “La aventura entre pastores, la égloga, se perfilaba entre los distintos estilos: el italiano representado por Garcilaso, y el de raíces medievales.” (11)

La *Diana* no solamente gozó de gran popularidad en

España sino que fue traducida al francés, al inglés, al italiano y al alemán, e influyó la literatura de todas esas lenguas. Dos datos interesantes y que nos conciernen deben mencionarse: el primero es que “después de muerto Montemayor fue intercalada en su novela (Valladolid, 1561–62) la deliciosa narración de Abindarráez y la hermosa Jarifa” (12) que quedó definitivamente incorporada a la *Diana* ya y a la literatura española, pasando luego al teatro de Lope; lo segundo es que de las muchas imitaciones que siguieron a la *Diana* la única digna de mención, la obra maestra de la prolífica descendencia que tuvo, fue la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo, un valenciano que recoge todos los personajes de la obra de Montemayor pero los sitúa en un fondo suyo, de Valencia.

En la novela pastoril el tema es el sentimiento del amor, los personajes son pastores, pero pastores cultos que cantan y lloran y se enredan en un laberinto de amor continuo. Es la novela sentimental, y muy artificial, por excelencia. La novela picaresca, por el contrario, es la última palabra en realismo: enteramente subjetiva, de forma autobiográfica, de crítica social, de ambiente bajo y necesidades elementales, principalmente el hambre, como razones para vivir de la malicia en vez del trabajo. Esto último es lo único que un pícaro nunca hará, porque si trabaja honestamente dejaría de ser un pícaro.

Se ha dicho mucho que la picaresca es un género literario enteramente español, y que aunque ha sido imitado en otras lenguas, principalmente en francés, no ha sido igualado. En España misma, cuando floreció al género, medio siglo después de haber aparecido el *Lazarillo*, ya fue con variantes, complejidades, y elementos que alteraron la actitud, la temática inicial, la sencillez admirable del pícaro de Tormes. No entraremos aquí en detalles más amplios sobre este género, excepto para mencionar lo más selecto de la numerosa descendencia que tuvo el *Lazarillo*.

El *Guzmán de Alfarache* es, en muchos sentidos, la mejor novela picaresca después del *Lazarillo*: la vida de Mateo Alemán, su autor, es (cronológicamente y en muchos otros detalles) paralela a la de Cervantes. El *Guzmán* es el pícaro puro y lleva el

género a su momento culminante, y lo lleva (geográficamente) a todas partes dentro y fuera de España. Más o menos al mismo tiempo publicó Quevedo su obra picaresca (famosa) *La Vida del Buscón*: sencilla en la acción pero bien compleja en la forma. El *Buscón* completa la trilogía cumbre de la picaresca. Pero el género sigue evolucionando hasta que en 1641 aparece el (más elaborado y divertido) pícaro que ya entra en el terreno del costumbrismo: *El diablo cojuelo*, por Luis de Guevara.

Traducido por Lesage, el libro de Vélez de Guevara tuvo gran influencia en el costumbrismo francés de los siglos XVIII y XIX, del que nace a su vez, por un juego de influencias recíprocas, el costumbrismo español de la época de Larra y Mesonero. (13) Nota: Es posible ver la galería completa de pícaros y pícaras de la literatura española (dentro del género) en *La novela picaresca española*, Madrid, Aguilar (ed. de Angel Valbuena y Prat) 1956.

Volviendo a la novela pastoril, debemos mencionar aquí (cronológicamente) dos importantes obras: *La Galatea* de Cervantes, y *La Arcadia*, de Lope de Vega, publicadas en 1585 y 1598 respectivamente. Y llegamos ahora al momento y al nombre más importante, más trascendental en la literatura española, en la literatura universal, al creador de la novela (y de la literatura) moderna:

Don Miguel de Cervantes Saavedra

Aquí nos limitaremos, desde luego, a Cervantes como novelista. Ya vimos que había cultivado el género pastoril y su interés en el mismo no le abandonará nunca pues reaparece en la segunda parte de *Don Quijote*, y aún en su lecho de muerte se recordaba de su *Galatea*. Pero pasemos a la obra maestra de Cervantes, de la literatura española y (después de la Biblia, como muchas autoridades lo afirman) la obra maestra de la literatura universal: *Don Quijote de la Mancha*.

La primera parte del *Quijote* salió en 1605. Gozó de inmediata popularidad, se repitieron las ediciones dentro de España y se tradujo a las otras lenguas europeas, de modo que su

influencia en la literatura occidental comenzó en seguida. Diez años más tarde salió la segunda parte, la de Cervantes, pues entretanto una segunda parte falsa (la de Avellaneda) había aparecido en 1614: una de las numerosas imitaciones que se escribieron dentro y fuera de España. En una forma o en otra, Cervantes y Don Quijote han sido desde entonces una inagotable fuente de inspiración en las letras, en el arte, en el pensamiento, y hasta en el diario vivir del pueblo español. ¿Quién de nosotros que lea el *Quijote* no encuentra muchísimos elementos cervantinos (hoy, 350 años más tarde y en la América) en nuestro lenguaje, en nuestros conceptos, en nuestra conducta? En menor grado hallaríamos lo mismo en las otras culturas y lenguas extranjeras, y en cuanto a España misma, su alma y su vida están saturadas de Cervantes y Quijote.

En 1613 publicó Cervantes sus *Novelas ejemplares*, un grupo de novelas cortas. En el prólogo dice: "Heles dado el nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso." (14) Dice Ludwig Pfandl:

En las doce narraciones cervantinas (las Novelas ejemplares) hallo en sustancia las líneas directivas y el modelo de todo el arte de la novela corta del siglo XVII... las formas imaginadas por Cervantes vienen a ser el modelo de todas las posteriores... el maestro de los novelistas, Cervantes... ha ensayado y creado con ello los siguientes géneros, nuevos para España: la novela romántica, el cuadro satírico de costumbres y el saber proverbial en forma de novela. (15)

Pero oigamos al mismo Cervantes, que habla con Apolo en *El Viaje del Parnaso*, en 1614.

*"Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
al pecho melancólico y mohino
en cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis Novelas un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino." (16)*

La última novela de Cervantes, su obra póstuma, fue el *Persiles (La historia de los trabajos de Persiles y Segismunda)* publicada un año después de su muerte. Como las otras novelas y el *Quijote*, el *Persiles* gozó de inmediata popularidad dentro y fuera de España. Tal vez corresponde mencionar a este punto en nuestra trayectoria de la novela en lengua española a *La Dorotea* de Lope de Vega, que Ludwig Pfandl tacha de novela-drama de arte híbrido celestinesco, y dice que es “la última imitación libre de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*.. que funde la novela con el drama y no es por lo tanto ni drama ni novela...” (17)

Del siglo XVII debemos mencionar una obra más: *El criticón*, de Baltasar Gracián, que es una novela alegórico—filosófica y la obra maestra de Gracián, (publicada en tres partes separadamente en 1651, 1653 1657) y cuyo tema es la vida humana. “Gracián no es sólo uno de nuestros clásicos más vivos, sino también uno de los espíritus españoles más universales.” (18)

Del siglo XVIII, pobre en casi todos los géneros literarios, sólo podemos mencionar una novela importante: *Fray Gerundio* (La historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes) del Padre José Francisco de Isla, publicada en dos partes (1758 y 1768) y que es una deliciosa sátira que expone la pedantería y falsa erudición de algunos predicadores y otros hábitos de mal gusto de la época. El Padre Isla tradujo a *Gil Blas* del francés. Debemos recordar que el XVIII fue el siglo de los Borbones en España y que la literatura francesa, como todo lo francés, gozaba de gran boga entre los españoles.

Entramos ahora en el siglo XIX y tenemos que seguir dos rutas en vez de una sola, dos trayectorias paralelas, pues florece la novela nuevamente en España y se inicia como género literario en la recién independizada América española. De los brotes y titubeos novelísticos en los países americanos de habla española hablaremos más adelante. Por ahora recojamos nuevamente el hilo de nuestro estudio panorámico de la evolución de la novela en España. Después de un eclipse casi total y de casi dos siglos, la novela no solamente resurgió sino

que llegó a un apogeo y a una popularidad fabulosa.

Pocos triunfos ofrece la literatura española tan meteóricos como el de la novela romántica. Después de una larga etapa en que apenas aparece una novela en el panorama literario, se produce una extraordinaria avidez hacia tal género, se traducen intensamente novelas extranjeras, los editores lanzan, no títulos aislados, sino colecciones, se forma un público lector, femenino en gran parte, del que nos han dejado testimonio articulistas satíricos y de costumbres, se aclimata la novela histórica y surgen de ella los folletones y las novelas por entregas, que divulgan hasta las capas menos letradas de la sociedad una lectura "de evasión"...(19)

Y surge la novela romántica española, siguiendo los pasos de la nueva corriente, de la que podría considerarse tal vez como primer asomo *Las noches lúgubres*, de José Cadalso, por su trama novelesca y ya romántica. E.º 1803 se tradujo *Atala*, de Chateaubriand, al español. A los traductores siguieron pronto los autores y surgió una novela histórica española a la manera de Scott. Surgieron los costumbristas (Larra, Mesonero-Romanos y los otros) y sus artículos y "cuadros" de costumbres que satirizaban las "malas" costumbres inspiraron luego la novela realista que dominó la segunda mitad del siglo. La primera novela costumbrista, regionalista, y ya naturalista fue *La gaviota*, de Fernán Caballero (Cecilia Bohl), en 1849.

Lo que ha perdurado del romanticismo español lo encontramos en la poesía y el drama. A pesar de su inmensa popularidad, la novela de la primera mitad del XIX no ha perdurado y son muy pocas las que se consideran hoy de algún valor literario aunque conserven muchas su valor histórico.

Durante la segunda mitad del siglo XIX logró la novela española, como la de los otros países, sobre todo de Francia, su mayor esplendor. Mencionaremos solamente los novelistas más distinguidos de esa media centuria de realismo literario: los llamados "la primera generación" P. A. de Alarcón, Juan Valera, J.M. de Pereda, y los de la segunda generación, la Pardo Bazán, Clarín, Palacio Valdés, y casi Blasco Ibañez. La obra de todos estos novelistas es demasiado conocida para entrar en detalles,

como lo es también la del más insigne novelista del siglo y de toda la historia literaria española, Benito Pérez Galdós, "síntesis de la novela y del espíritu de su época" — como lo designa Angel del Río. Además del costumbrismo y regionalismo que se integraron dentro del realismo de la época, debemos mencionar el "naturalismo" que (venido de Zola) cultivó la segunda generación arriba mencionada, y Galdós mismo, durante la penúltima década del siglo. Algunas de sus mejores novelas corresponden a este ciclo.

En las postrimerías del siglo XIX surgió en la América española el movimiento literario que se ha llamado *modernismo* y que coincidió con un momento crítico en la vida literaria, intelectual, social y política de España. Hubo un momento de entusiasmo "modernista" en las letras españolas, pero entonces surgió la generación que hoy se ha llamado "del 98" y que cada uno, buscando la realidad de España, la interpretó a su modo. En la novela se destacaron: el formidable Unamuno (sus novelas contienen la lucha, la angustia del hombre con su vida: su destino y lo que siente); Valle Inclán, que fue el único que realmente cultivó el modernismo en sus novelas; Pío Baroja, cuya "importancia consiste en ser acaso el único gran novelista español del siglo XX. En él continúa el realismo de los novelistas anteriores..." (20) El siglo XX, sin embargo, no se distingue en España por la novela sino por el ensayo y la poesía. Debemos mencionar la segunda generación de novelistas: Pérez de Ayala, Gabriel Miró, y Gómez de la Serna, y con ellos cerramos este análisis de la evolución de la novela en España, para devolvemos cronológicamente y analizar la evolución de la novela en la América española.

Durante el período colonial de la América española no hubo novela: ni se escribió en América ni se trajo (oficialmente) de España, excepto de contrabando. No es de extrañar, pues, que la primera novela americana sea de la época de la independencia: *El Periquillo Sarniento* de Lizardi (1816) que también escribió *La Quijotita y su prima* y (póstuma) *Don Catrín de la Fachenda*. Las novelas de Lizardi, primer novelista de América, corresponden al género costumbrista, a la picaresca,

a la protesta social y política de la época (estertores de la colonia) y, como periodista que era, describen la sociedad de su tiempo, desde un punto de vista realista, divertido y apasionado. De modo que la novela surgió en América al mismo tiempo que la independencia y ambas lucharon y titubearon paralelamente por establecerse y afirmarse durante todo el siglo XIX, para sólo llegar a su mayoría de edad (y no en todos los países hispanoamericanos) hacia nuestros días.

En cuanto a las razones de por qué no hubo novelas en la América colonial hay, además de las razones históricas, muchas teorías. Luis Alberto Sánchez expone una que es sumamente interesante; él dice que la vida en las colonias era tan novelesca que no hubo necesidad, o impidió, el crear aventuras y personajes ficticios — que no hacía falta inventar cuando la vida era tan rica... Pero que los elementos novelescos estaban en todo lo que se escribía y en la vida misma. Luego, hay que recordar las prohibiciones imperantes, y el hecho de que los pocos que leían recibían sus libros de España con regularidad (de una manera o de otra) y los leían sus amigos también.

Ya a fines de la colonia fue que surgieron conatos de novela. “El más representativo fue el de Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes...*, pero en general, el tema americano produjo novelas en Europa mucho antes que en la misma América. Pero después de la independencia llegaba el romanticismo a las nuevas naciones hispanoamericanas, corriente literaria que encontró un clima muy favorable en ellas; a tal punto que la poca novelística que surgió de este lado del atlántico durante el siglo XIX fue del tipo (o cuando menos de elemento) romántico. Dentro del romanticismo imperante surgió el tema americano del “indianismo” nada menos que importado de Francia — bajo la influencia de los románticos franceses como Chateaubriand.

Siguiendo la influencia que venía desde España se cultivó también el “costumbrismo” y, en algunos casos, la novela histórica. También, integrándose en uno u otro de los tipos mencionados, hubo novela de tema local que en la Argentina, por ejemplo, alcanzó gran éxito novelístico a mediados del siglo

con las novelas que atacaban la tiranía de Rosas. Sobre ese tema debemos mencionar al llamado primer romántico de América (cronológicamente) por su poesía, pero que también nos dejó un temprano conato novelístico; nos referimos a Esteban Echevarría y su *Matadero* (1838), y después tenemos que continuar con los dos que son más importantes: Domingo F. Sarmiento y su formidable “novela-ensayo” *Facundo, Civilización y Barbarie* (de que tanto se ha hablado y escrito que no diremos nada más en este momento); y José Mármol que nos dejó una de las mejores novelas románticas al mismo tiempo que una denuncia tremenda de las condiciones en Buenos Aires bajo Rosas: su *Amalia*, que puede también designarse como costumbrista en cuanto a que es un cuadro de las costumbres y condiciones del momento, y escrita por un testigo ocular y participante de la escena.

Amalia se publicó en 1855 completa, pero fue en 1867 que salió la obra maestra del romanticismo hispanoamericano, la *María* de Jorge Isaacs. Con *María* alcanzó nuestra novela su plenitud romántica; contenía las ideas estéticas europeas, pero también presentaba la naturaleza americana en todo su esplendor: las descripciones del Valle del Cauca son una joya literaria del género. *María* fue la primera gran novela en nuestra América. Algunos años más tarde apareció en el Ecuador nuestra obra maestra del indianismo romántico, *Cumandá, Un drama entre salvajes*, de Juan León Mera. Además de las influencias europeas, hubo en Mera y en el romanticismo indianista de Hispanoamérica la influencia del norteamericano Fenimore Cooper. Desde luego que nuestro indianismo venía de mucho más lejos, desde Las Casas y El Inca Garcilaso.

Otro tipo de indianismo que se cultivó también fue el de la novela histórica, y ahí encontramos al Padre Las Casas de cuerpo entero (y uno de los protagonistas de la novela) en la obra maestra del género, el *Enriquillo* del dominicano Manuel de Jesús Galván, edición completa: 1882. Dice otro distinguido hombre de letras dominicano que “en esta novela no hay nada legendario ni fantástico: todo lo que no es rigurosamente histórico es claramente verosímil”. (Pedro Henríquez Ureña, en

“Enriquillo”). Y una autoridad en la materia, Concha Meléndez, dice en su *Novela indianista en Hispanoamérica* que el horizonte histórico de la novela no puede ser más vasto, y el novelesco es una derivación de lo histórico, y dice también que es una novela “sentimentalmente sobria, un inusitado caso de romanticismo atenuado que fluye con ritmo grave, con dignidad clásica”.

El realismo y el costumbrismo florecieron en Colombia, y debemos mencionar a este respecto a sus dos principales exponentes, José M. Marroquín y Tomás Carrasquilla. Carrasquilla fue el novelista costumbrista por excelencia y (por su regionalismo) se le ha comparado con Pereda. Pero volviendo al realismo, en 1889 salió una novela de un indianismo revolucionario, *Aves sin nido* de Glorinda Matto de Turner, del Perú, que fue una precursora de la novela de “protesta social” que es tan importante ahora. De modo que la Señora de Turner fue la Fernán Caballero de Hispanoamérica.

En cuanto al costumbrismo, pero de tipo histórico, debemos mencionar a Ricardo Palma y sus “tradiciones peruanas” que contienen tantos elementos novelísticos. Tal vez sea aquí el momento de recordar que antes que la novela, la prosa hispanoamericana se ha distinguido por los géneros aparte. Naturalmente que hoy día nuestra novela ha alcanzado una estatura literaria y social de primer orden.

No debemos despedir el siglo XIX sin incluir en este (por necesidad) breve estudio de la novela hispanoamericana la novela chilena que tuvo también su florecimiento propio. Se distinguieron sobre todo: José Victoriano Latarría y Blest Gana. Alberto Blest Gana escribió muchas novelas enteramente chilenas, pero “su Chile” como él lo recordaba y añoraba. También cultivó un género similar al del norteamericano Henry James, y que dio el título a una de sus obras: *Los trasplantados*, en que pinta a sus compatriotas en Europa.

Durante el apogeo del modernismo, la novela en América seguía tanteando y buscando climas (literarios) propicios. Por supuesto que surgió una “novela modernista” que encontró su más entusiasta intérprete nada menos que en España: Ramón del Valle Inclán escribió sus *Sonatas* con todos los ingredientes

literarios del género y en una de ellas se trasladó a América, llevando la escena hasta Méjico. Valle Inclán usó el tema americano en otra de sus novelas importantes, *Tirano Banderas*. En realidad, Valle Inclán se distinguió en dos géneros americanos: el modernismo y el caudillismo. Pero los que realmente lograron las mejores novelas modernistas fueron los suramericanos Enrique Larreta y Carlos Reyles, que a su vez trasladaron su escena a España. El argentino Larreta escribió *La gloria de Don Ramiro* que tuvo tan buena acogida en España como en América, y el uruguayo Reyles escribió *El embrujo de Sevilla*, en que pinta admirablemente la vida y el ambiente de la ciudad andaluza. Reyles se distinguió también en el naturalismo, con sus excepcionales novelas, *Beba* (1894) y *La Raza de Caín* (1900).

Surgió la “novela gauchesca” como natural consecuencia de la literatura gauchesca que había surgido durante la segunda mitad del XIX. Pero la novela gauchesca es ya un fenómeno de nuestro siglo, y su mejor exponente es *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes, que se considera la obra maestra del género gauchesco en prosa, como Martín Fierro lo es en verso. Debemos incluir aquí a Benito Lynch que se considera el mejor novelista gauchesco contemporáneo; su obra maestra del género es *El inglés de los güesos* (1924).

Pero ya estamos en la década (1920–1930) en que se inició el florecimiento de la novela hispanoamericana, y se inicia el género que iba a dominar el panorama americano de la novela, la novela social. Las preocupaciones de países que comenzaban a llegar a cierta mayoría de edad en muchos sentidos, después de un siglo de luchas y problemas internos, resultaron en una literatura cada día más rica y madura y extensa, pero sobre todo una novela de tesis. Históricamente, el problema social, como el problema político ha existido siempre en Hispanoamérica, pero hemos llegado a una era en que la sociedad está interesada en sus problemas e impulsa su expresión y denuncia en la literatura, y la novela es el mejor vehículo para ese fin.

En 1925 sonó dentro y fuera de nuestra América un

verdadero cañonazo literario con la aparición de *La vorágine*, del colombiano José Eustacio Rivera. La inmediata resonancia que tuvo esta novela fue bien merecida; no solamente es una novela extraordinaria, sino que inició un tipo nuevo en la novelística hispanoamericana. Su inmediata buena acogida en el extranjero informó al mundo que en nuestra América había novela, y muy pronto aparecieron las del venezolano Rómulo Gallegos que también gozaron de inmediata fama y popularidad, sobre todo su *Doña Bárbara*, que ha pasado a ser uno de los clásicos de nuestra novelística. Gallegos ha escrito muchas novelas, algunas tal vez de más mérito artístico, pero ninguna del vigor y potencia de *Doña Bárbara*. Esta es la novela del llano venezolano, una especie de pugna entre la civilización y barbarie en esa "frontera" venezolana, como *La Vorágine* es la lucha desesperada entre el hombre y la selva: también una especie de pugna implacable entre civilización y barbarie en la "frontera" colombiana. Hay tantas "fronteras" que civilizar para provecho del hombre en nuestra América, que fue inevitable que este género novelístico lograra una calurosa acogida en todas partes.

Una de nuestras autoridades en la novelística, Arturo Torres-Rioseco, hace una de las divisiones populares de la novela hispanoamericana de hoy: novelas de la tierra y novelas de la ciudad. En su selección de los *Novelistas de la Tierra* (1941) él incluye los seis autores que considera más representativos, y lo mismo en su selección de los seis que incluye en *Novelistas de la Ciudad* (1943). Sigue una lista de estos doce autores y las novelas de que Torres-Rioseco ofrece selecciones respectivamente:

1. Mariano Azuela, *Los de Abajo*
2. Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*
3. Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*
4. Benito Lynch, *El inglés de los güesos*
5. Carlos Reyles, *La raza de Caín*
6. José Eustaquio Rivera, *La Vorágine*

- | | |
|------------------------|-------------------------|
| 1. R. Arévalo Martínez | 4. Joaquín Edward Bello |
| 2. Eduardo Barrios | 5. Manuel Gálvez |
| 3. Ml. Díaz Rodríguez | 6. Pedro Prado |

Ya vimos que a fines del XIX había surgido la novela indianista de “protesta social” y pronto se cultivó este tema (apasionadamente) en todos los países “indios” — se desvistió al indio del ropaje romántico del siglo pasado y se le enfocó (literariamente) desde su propio punto de vista. En 1919 lanzó el boliviano Alcides Arguedas su ya famosa novela *Raza de bronce*, de gran fuerza. En 1934 aparece *Huasipungo* que dio inmediata y merecida fama a su autor, Jorge Icaza, del Ecuador; la que más cruda y vigorosamente relata su argumento. El peruano Ciro Alegria cuenta con una trilogía impresionante entre las novelas indianistas: *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939), y su obra cumbre, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) que ya es un clásico en su género. Como este tipo de novela indianista floreció paralelo al ciclo de la “revolución mejicana” y su literatura, el tema indianista se ha casi integrado con el tema de la revolución y el tema de la injusticia social, y de Méjico han salido algunas de las mejores novelas contemporáneas, que vamos a tratar separadamente.

Un médico de provincia en el Méjico tumultuoso de la revolución escribía más bien como entretención, y escribió muchas novelas; una de ellas, *Los de abajo*, escrita en 1915 como folletón de un periódico de El Paso, apareció en libro al año siguiente pero no hizo ruido hasta que en 1925 lo publicó una revista de Méjico y en seguida fue aclamada como la “novela de la revolución” por excelencia. Se publicó y se tradujo en el extranjero, y es hoy también un clásico de nuestra novelística contemporánea. Este médico de provincia y prolífico novelista fue don Mariano Azuela, que siguió escribiendo novelas imperturbablemente hasta el fin de sus días. El otro mejicano que comparte la supremacía de “mejor novelista de la revolución mejicana” es Martín Luis Guzmán, con *El águila y la serpiente* (1928) *La sombra del caudillo* (1930), que no son exactamente novelas sino una mezcla de biografía, ficción, revolución, Pancho Villa, y todos los demás

ingredientes verídicos o calculados que hacen sus libros amenos y populares.

Y habiendo seguido la evolución de la novela en nuestra América tan a grandes rasgos, concluiré con las palabras que cierra Luis Alberto Sánchez su *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*:

“Pese a que en el siglo XIX tuvimos una buena docena de excelentes novelistas, es sólo en la actual centuria cuando nuestra novela tiende el vuelo, hunde las manos en sus propias entrañas, aprende a auscultar el corazón de su tiempo y de su circunstancia. Por eso, este trabajo, escrito al comenzar la segunda mitad de la vigésima centuria, deberá ser considerado como el largo prólogo a un género literario cuya historia, en América, ha empezado a escribirse ahora. Lo anterior es sólo prehistoria novelística. A lo sumo, protohistoria”.

NOTAS

- (1) Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, Buenos Aires, Ed. Glem, 1943, I-161.
- (2) Juan Manuel (1282-1348) terminó su *Libro de Patrimonio o Conde Lucanor* en 1335.
- (3) *Orígenes*, I-165.
- (4) Angel del Río, *Antología general de la Literatura española*, Nueva York, Dryden Press, 1954, I-74.
- (5) *Ibid.*, I-258. (a Garci Rodríguez o Garci Ordoñez de Montalvo, regidor de Medina del Campo, se debe la redacción definitiva, escrita hacia 1492 y publicada en 1508, de *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*.)
- (6) Angel del Río, *Historia de la literatura española*, New York, 1953, p. I-110.
- (7) *Orígenes*, I-194.
- (8) A. del Río, *Historia*, I-99.
- (9) *Ibid.*, I-112.
- (10) Eduardo Juliá Martínez, "La literatura dramática peninsular en el siglo XV" en *Historia general de las literaturas hispánicas*, de Guillermo Díaz Plaja, Barcelona, Ed. Barna, 1951, II-290.
- (11) Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*, Madrid, Clásicos castellanos, 1954, p. LIV.
- (12) *Hist. Gral. de las literaturas hispánicas*, II-790.
- (13) A. del Río, *Antología*, I-767.
- (14) M. de Cervantes Saavedra, *Novelas Ejemplares*, Barcelona, Ed. Sopena, 1948, p. 10.
- (15) Ludwig Pfandl, *Historia de la Literatura Nacional Española en la Edad de Oro*, Barcelona, Ed. G. Gili, 1952, págs. 334-35.
- (16) Angel del Río, *Antología General de la Literatura Española*, Nueva York, Dryden Press, 1954, p. I-481.
- (17) Pfandl, *Historia*, p. 499.
- (18) Guillermo de Torre, "Introducción" a *El Criticón*, ed. de Pedro Henríquez Ureña, Buenos Aires, Ed. Losada, 1941, p. I-14.
- (19) Jorge Campos, "El movimiento romántico, la poesía y la novela" en *Historia General, de las literaturas hispánicas*, IV-217.
- (20) A. del Río, *Historia*, p. II-190.

BIBLIOGRAFIA CRITICA CONSULTADA SOBRE LA NOVELA HISPANOAMERICANA:

- Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Ed. Credos, 1953.
- id, *América: novela sin novelistas*, Chile, Ed. Ercilla, 1939.
- Arturo Torres-Rioseco, *Grandes Novelistas de la América Hispana*, Berkeley, U. of California Press, 1943.
- id, *La novela en la América Hispana*, Berkeley, U. of California Press, 1949.

Luis Alberto Sánchez, *Nueva historia de la literatura americana*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1944.

E. Anderson Imbert, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

E. Herman Hespelt et al, *An outline history of Spanish American Literature*, New York, Appleton-Century-Crofts, 1942.

Angel Flores, *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica*, New York, Las Américas, 1959.

Agustín del Saz, *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*, Barcelona, Ed. Atlántida, 1949.

Hugo D. Barbagelata, *La novela y el cuento en Hispanoamérica*, Montevideo, 1947.

Arturo Uslar-Pietri, *Breve historia de la novela hispanoamericana*, Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1954.

German García, *La novela argentina*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1952.

Ralph E. Warner, *Historia de la novela mexicana del siglo XIX*, Mexico, Antigua Librería Robredo, 1953.

Agustín del Saz, "La novela hispanoamericana del XIX" en *Historia general de las literaturas hispánicas*, Ed. de Guillermo Díaz Plaja, Barcelona, Ed. Barna, 1957, Vol. IV, pp. 477-609.

Concha Meléndez, *La novela indianista en hispanoamérica*, Madrid, U. de Puerto Rico, 1934.

Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1949.

id, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1952 (Contiene "Apuntaciones sobre la novela en América").

id, *Plenitud de América*, Buenos Aires, Peña, Del Giudice ed, 1952.